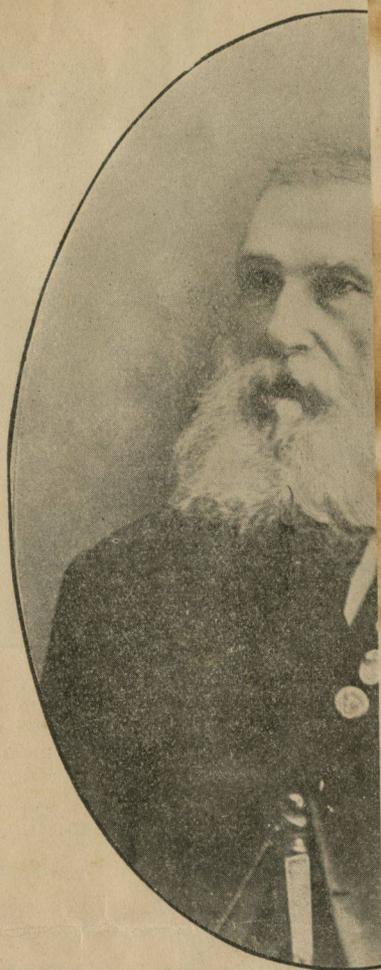
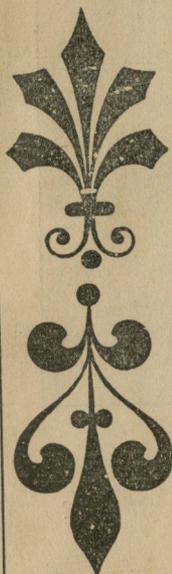
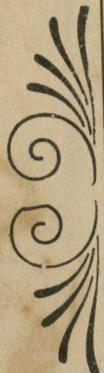


# «La Iglesia»



ISIDORO LOMBER  
"Padre de los Pobres"



NADIE DEBE BAUTIZARSE DOS VECES

«Ninguno que procura ser claro, hace nada en oculto». —San Juan.

Leanse las Epistolas y Evangelios en el libro de Oración

## Catedral "La S" (Católica)

NEPTUNO Y A

Todos los Domingos s  
muni6n (en castellano) á

A las 2 P. M. — Clases

A las 8 P. M. — Oraci6n

M:6n

# La Iglesia



# en Cuba

UNA, SANTA, CATOLICA Y APOSTOLICA

“LA VERDAD OS HARA LIBRES”

Acogido á la franquicia postal y como correspondencia de 2ª clase en la Administración de Correos de la Habana  
Director propietario: Pbro. F. Díaz Vólero.

## TESORO DESCUBIERTO

“Tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará en lo público”.—San Mateo.

En el mes de Junio próximo pasado, publicamos un artículo titulado “Niños y Gatos”, en que dábamos a conocer la obra altruista del hombre original, que así podemos llamar a D. Isidoro Lombera, “padre de los gatos”; ese venerable anciano siempre nos impresionó, haciéndonos sentir vivos deseos de profundizar el ideal de esos sentimientos que impulsan al hombre a realizar hechos que, por nobles que sean, resultan extravagantes para los que todo lo ven con lentes mercantiles: nuestras muchas ocupaciones nos hacían posponer el momento de tener una entrevista con el “padre de los gatos”; hacía falta algo que precipitara los acontecimientos; al fin llegó la persecución, esa bendita persecución que ha puesto de relieve muchas obras que sin ella tal vez permanecerían ignoradas, pues cuando son ideales nobles y justos, la persecución es el sol que alumbra la justicia de la causa que se defiende, y así llegó para el protagonista de mi artículo, D. Isidoro Lombera, la hora de la persecución, y fué para nosotros la orden de marcha.

Nos enteramos que el señor ingeniero jefe de la ciudad, prohibía los gatos en el Campo de Marte y paseos públicos, y en verdad, nos llamó la atención que los gatos molesten en el Campo de Marte, y no se vean las maromas, equilibrios y juegos malabares en que tenemos que ejercitarnos los vecinos de la capital, por el estado intransitable en que se encuentran las calles de la Habana.

El “Diario de la Marina”, publicó el siguiente artículo:

### PLUMAZOS

“Lectores, la era de las rectificaciones empieza, y la República será salvada, gracias a las “energías” de dos altos personajes de la nueva situación.

Uno de los peligros de nuestra patria era el “hombre de los gatos”, ese viejo que todas las tardes reunía a toque de silbato a la andante gatería en pleno Campo de Marte, y allí, ante un público respetuoso que le admiraba, les daba de comer, los curaba y si eran pequeños los recogía. El viejo don

Isidoro hacía más daño aún al país cubano: todas las madrugadas iba por el Campo de Marte de banco en banco repartiendo pan y frutas entre los tristes vencidos de la vida que allí duermen, o intentan dormir, según el humor del vigilante de posta.

¿No es verdad que todo esto es muy peligroso y muy bárbaro para ser tolerado impunemente? En realidad yo no sé bien si lo es o no, pero cuando un “intelectual” como el señor ingeniero jefe de la ciudad ha tomado cartas en el asunto, creo que debe serlo.

Si no fuera un peligro para las instituciones, ¿por qué habría de prohibir “terminantemente” el señor ingeniero jefe que se le dé comida a los gatos en el Campo de Marte y que el viejo don Isidoro los cure y atienda como tenía por costumbre?

Será porque lo mejor es matar los animalitos inútiles, como aconseja Darwín, y a los pobres menesterosos si llega el caso, dejarlos morir también.

Después de todo esta es una rectificación de procedimientos como otra cualquiera.

### RENDUELES.

Terminar de leer el artículo que antecede y dirigernos a casa del “Padre de los Gatos”, todo fué uno.

### En casa del “Padre de los Gatos”.

Acostumbrados a ver practicar la caridad particular u oficial en grandes edificios, o por lo menos con retumbantes rótulos, en que muchas veces dicen en el exterior lo que se practica en el interior, buscamos en la calle Suárez algún cartel que nos indicara la residencia del hombre original que había atraído hacia sí la atención pública por su humanitaria obra de dar de comer a los gatos y a los pobres, y cuya obra había irritado de tal manera, que por una orden se prohibía la continuación de ella, ¿A quién perjudicaría o haría sombra? ¿Hay acaso para practicar la caridad título de patente o derecho de monopolio? No encontrando rótulo, ni cartel, decidimos a preguntar por el “padre de los gatos” y nos indicaron el número 18 de la referida calle de Suárez: la sala está ocupada por un tren de lavado, preguntamos, y nos dirigieron al interior, enseguida le encontramos; nuestra sorpresa no tuvo límites; sentado a la puerta de su habitación, nuestro hombre cosía unos pantalones. ¡Qué hombre tan extraño! exclamamos interiormente; no nos pareció el “pa-

dre de los gatos"; creció a nuestros ojos, haciéndonos ver un apóstol, un santo, o un anacoreta de esos que nos cuentan las leyendas: es necesario que los señores Rendueles, Aramburu, Dolz, Gastón Mora, Pazos y tantos buenos escritores, se decidan a conocer la obra que realiza D. Isidoro; no perderán el tiempo; encontrarán material suficiente para llenar muchas columnas de los poderosos rotativos, dando a conocer el tesoro escondido que nosotros malamente podemos bosquejar, y aquí donde se dice que todo se pesa al oro o a la influencia, encontraréis una obra verdaderamente altruista, que por más de veinte años se viene realizando en el silencio, sin más recursos hace cinco años que la limosna, sin más estímulo que la caridad que inflama el corazón del que, como D. Isidoro, la practica en silencio, cumpliendo con el mandato "No sepa tu izquierda, lo que hace tu derecha".

Saludamos cortesmente a D. Isidoro y, queriendo ganar su confianza, le preguntamos: ¿es usted sastre? Con su bondad característica, nos respondió: no señor, ¡cá! es arreglándolos para mis pobres. Nos hizo pasar al interior de su habitación, diciéndonos: esta es la casa del pueblo, especialmente la de los pobres; estas puertas nunca se cierran; ya en el interior, nos fijamos en el pobre mobiliario, una cama, unas sillas y una mesa formaban el ajuar; tongas de sombreros, ropas, zapatos, comestibles y papeles llenan el resto. Le manifestamos a D. Isidoro el objeto de nuestra visita; queríamos saber, inquirir, descubrir, profundizar todo el enigma de tan extraño hombre, que, a medida que le tratábamos nos seducía con su amabilidad. Le preguntamos: ¿puede usted decirnos para qué guarda en esta habitación tantas cosas usadas? Son para mis pobres, nos contestó. ¿Pero usted no cuida gatos en el Campo de Marte? Sí, señor, pero también cuido de los pobres, mi hermanos en desgracia, mi misión no es de ayer, hace 20 años que practico todo el bien que puedo, y hago todo lo posible por aliviar las miserias de los que sufren; todo esto que aquí se ve, me lo dan las familias piadosas de la Habana: la una, unos pantalones; otra, unos zapatos o un sombrero, y cada cual lo que puede, y yo todo lo recojo para mis pobres; ya ellos saben que en este cuartucho madriguera de cucarachas, vive este viejo de cuerpo, pero joven de alma; usted ve, remiendo ropa, si se ofrece les corto el pelo o rasure a los pobres, procuro que se aseen, les predico la moral que deben practicar. Aquí, en la Habana, hay muchos que me conocen y saben no es de ahora mi trabajo; si esos portales del palacio Aldama y los solares de Economía hablasen, ellos le dirían mi historia: en los tiempos de la reconcentración, recorría los solares uno a uno, repartiendo lo que podía alcanzar, en mis brazos han espirado muchos infelices que no tenían ya fuerzas para recibir la cucharada de sopa que les quería dar, y al ir a incorporarlos para que la tomaran, morían; yo encomenaba su alma a Dios. Más de una vez me han querido prohibir que dé de comer a los "habitantes de la luna", me dicen que mantengo vagos y "masca vidrios". ¿Pero los

voy a dejar morir? Cuando la policía no me ha dejado llevarles la comida, yo les aviso que la vengan a buscar, y aquí, en mi cuarto, la encuentran: el brigadier Armando de J. Riva (q. e. p. d.), me dió una autorización por escrito para que pudiese dar de comer a mis pobres y a mis gatos: (al hablar de Armando de J. Riva, gruesas lágrimas corrían por sus ojos, mientras que su mirada se elevaba al cielo como una plegaria. D. Isidoro tiene veneración por el desaparecido Jefe, víctima del cumplimiento de su deber), y en cualquier lugar cumplía mi misión; los placeros, esos modestos industriales de la plaza del Vapor, no se cansan. Ellos siempre tienen para el "padre de los gatos" abundancia de mercancías, que saben reparto entre los pobres, los gatos y este servidor de usted. Los Rvdos. Padres del Colegio de Belén, esos apóstoles de la inteligencia y el corazón, me dan hace cinco años dos cantinas con veinte raciones para mis pobres: el público también me socorre, y con mi perseverancia, he logrado hacer sin ostentación de ninguna clase, toda la caridad posible, los verdaderos pobres saben que en este cuartucho hay siempre algo para matar el hambre, o cubrir la desnudez, y también los habitantes de la Habana saben que en el Campo de Marte pueden echar sus gatos en lugar de tirarlos a la vía pública o matarlos cruelmente. Pero (le interrumpimos) hemos sabido que le prohíben tener gatos en los paseos y darles de comer, y ya le quedan pocos. Si es verdad, no me explico las razones, ni se a quién pueda hacer sombra mis gatos, para que haya despertado rivalidades mi obra, pero es lo cierto, que, aunque quedan pocos gatos, soy poco cumplidor de esas órdenes, pues diariamente les llevo de comer al toque del pito; todavía acuden algunos, y espero me dejarán en paz, y si así no fuese, el público, que ha presenciado los banquetes que he dado y doy a mis gatos, será mi mejor juez. Mis gatos son una distracción para las familias que acuden de lejos a verlos comer: son un entretenimiento para los niños que a esparque concurren, a la vez que reciben una lección objetiva de moral, y es inexplicable una orden que se prohiban gatos, donde hay osos y otros animales, que, de llegarse a soltar, harían más daño que todos mis gatos juntos y no sé si el que estorba son los gatos o el que los cuida. ¿Y quién recogió los gatos que aquí estaban? En verdad, es asunto que me reservo para otra ocasión. ¿Y sabe usted si los recogieron para cuidarlos o para matarlos? Eso, señor, usted y el pueblo pueden averiguarlo mejor que yo; si no los han matado, en algún lugar han de estar; aquí, por cierto, no están; yo los llamo, les toco el pito, y mis gatos no me responden; me los han llevado, y nuestro anciano, enternecido, lloraba como un padre que le quitan sus hijos y en sus sollozos exclamaba rivalidades... rivalidades caritativas.

Tenimos abusar de la paciencia del hombre, que le notamos conmovido, es uno de esos seres que sufren sin protestar del mal que se les hace; hombre de gran fortaleza de ánimo, y de una resignación a toda prueba, y ante tanta nobleza, no nos atrevimos:



Para mis pobres, para mis gatos y para mí

a querer levantar más el velo temeroso de llegar a la profanación; aquellos ojos de mirada penetrante, aquel rostro surcado por los años o el sufrimiento, aquella cabeza cana, aquel cuerpo que parece bambolearse al impulso del huracán de la vida, nos inspiró respeto: nos despedimos de él ofreciéndole nuestra leal amistad, y nos conformamos con saber lo superficial, sin profundizar sus dolores temerosos de que fuesen profanados. ¿Qué más queríamos saber, si había amado a alguna mujer? qué nos importa, si le encontramos amando la humanidad? ¿qué mayor amor? ¿qué religión profesa? No hay que preguntárselo, cumple la Ley "Ama a tu prójimo como a tí mismo", practica la caridad, ampara a la viuda y al huérfano, socorre al indigente, de su hermano abandonado no se olvida, pues es el Samaritano que el Señor Jesús presentó como modelo de su prójimo; el nombre no hace al santo, hay quienes se llaman santificados, de los cuales hay que guardar la cartera y altruistas que hacen los pobres, para luego hacer hospitales: D. Isidoro practica en la tierra, la religión que baja del cielo.

Nació en las abruptas montañas de Santander (España), el año 1840; por sus venas circula la sangre orgullo de nuestra raza; vino a Cuba al servicio del Rey en el regimiento de Tarragona, licenciándose el año 1863 dedicándose al comercio; lleva más de me-

dio siglo entre nosotros, es de los nuestros, lo que demuestra que la caridad, Don del Cielo, no es patrimonio de un pueblo o de una raza; es universal, y lo mismo se manifiesta en un americano que en una rusa, o en una cubana como la señora Electa Fe de la Peña, hija de mártires de nuestra patria, o en un español, como don Isidoro Lombera.

Ya que hemos descubierto un tesoro oculto, buena oportunidad tienen nuestros altruistas gobernantes para desarrollar prácticamente la caridad pública; el Estado, el Municipio, tienen propiedades de las cuales una podía cedérsele a D. Isidoro, con la condición de desarrollar su ideal que es establecer un rastro público gratuito para los pobres, y ese rastro dice que lo denominará "La Sempiterna Gracia de Dios".

Sr. Presidente de la República, Sr. General Freyre de Andrade, piadosa Sra. Marianita Seva de Menocal, os he descubierto un tesoro; vuestros magnánimos sentimientos sabrán usarlo.

En Inglaterra, en la comercial nación Norteamericana, el "Ejército de Salvación" tiene éstos rastros que tanto benefician a los pobres. ¿Por qué la Habana no puede tenerlo cuando ya tenemos al hombre que en pequeña escala lo viene realizando? ¿Se necesitará que D. Isidoro anteponga al nombre un mister o monsieur, para que su obra se haga meritoria?

LA IGLESIA EN CUBA tiene la seguridad que su ECO repercutirá en las almas nobles y generosas de nuestro pueblo, y D. Isidoro no morirá sin legarnos un rastro público para los pobres que bendecirán su memoria y la de todos aquellos que contribuyan a la realización de su bello ideal, porque D. Isidoro practica la verdadera caridad; no busca nombre ni aplausos, jamás de sus dolores se queja, a nadie acusa, nunca ha comparecido ante los jueces como acusador en nombre de la caridad, sino como acusado de dar de comer a los pobres en lugares que no debía, es el apóstol que nada tiene, que ninguna subvención recibe, y no teniendo nada, todo le sobra para dar, porque Dios recompensa en lo público lo que don Isidoro hace en privado.

Y, para terminar:

D. Isidoro Lombera, "padre de los gatos", nos autoriza para que invitemos al público a visitar su humilde habitación, así como que sepan que de 4 a 5 de la tarde dará de comer a los gatos que le queden en el campo de Marte, sean pocos o muchos, y que si alguna persona quiere ayudarle en su humanitaria obra, le envíen a su casa o le avisen para ir a recoger lo que le quieran dar, pues a los pobres todo les hace falta.—I  
18.—Habana.

Hacemos constar que las fotografías que aparecen en este número, relacionadas con el "Padre de los Gatos", son obsequio del señor Ramón Carrera.